leemos junto al piano, lo «tocamos», lo pueden tocar los alumnos, pues una de las joyas son los dúos para principiantes. Sólo echamos en falta un análisis estructural, con su doble vertiente estética y sociológica, un análisis de estas obras que son inseparables de lo más bello del «humanismo devoto». Pero la materia para hacerlo está ahí, a la mano y en las manos. Es muy posible que esa limitación en el análisis sea debida a la espera del anunciado libro de Santiago Kastner, que lleva tantos años trabajando sobre Cabezón y la música hispánica de tecla. En todo caso, esta edición de las obras debe tener su consecuencia en el «concierto» y en los cursos sobre el Renacimiento: ese Burgos renacentista, donde se fecha la famosa carta de Carlos I a Erasmo; ese Burgos con sus «colonias» en Flandes, explica bien el ambiente que hace posible el ingreso de Cabezón tan joven en la capilla de la emperatriz. La música de esos libros es la que suena al lado de no pocas cosas de la segunda edición del libro de Bataillon.—FEDERICO SOPEÑA.

VESTIGIOS DIABOLICOS EN LA LITERATURA MODERNA *

Para escribir un libro como éste se necesita conocer muy bien la literatura moderna, y saber bastante acerca del demonio. El conocimiento que Souvirón demuestra de la moderna literatura, en especial la inglesa y la francesa, no sólo es dilatadísimo, sino muy profundo e intenso. Quiero decir que los autores y los personajes creados por ellos han sido penetrados por él y, allá en la soledad de su estudio, los ha entendido y auscultado sus íntimos pensamientos. Baudelaire, Dostoievski, Bernardos, Gide, Mauriac y los otros citados y desentrañados por él, no solamente le son conocidos probablemente en casi todas sus obras y con una erudición que le permite citarlos continuamente, sino que le son familiares y estimados a pesar de las aberraciones que dejaron escritas muchos de ellos. Souvirón ha hecho algo más que leerlos. Los ha escuchado con atención y a veces con lástima, pero siempre comprensivamente: «En muchas de las obras de los mejores escritores de nuestros días hay una agonía que la caridad nos impide ignorar, y mucho menos —como tal agonía— despreciar o condenar» (p. 12).

Al demonio le conoce también el autor en su verdadero ser que «no es un símbolo ni una entidad imaginaria; tampoco es una fuerza

* *El príncipe de este siglo. La literatura moderna y el demonio*, por JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1967.

aislada y sin soporte: no es el mal, sino su *concreción* en una existencia activa. El mal no tiene cometido exacto si no está *comprendido* en un ser personal y subsistente, que es el demonio» (p. 14). Para prevenir sonrisas indulgentes de incrédulos y arrostrar de una vez el temor de parecer ingenuo, conviene decir que el demonio de quien en todo el libro y aquí se habla, es el Angel malo, el tentador y maligno de quien tanto se habla en los Evangelios, en la doctrina católica y en los libros de ascética.

Por lo mismo, tampoco se puede identificar como lo pretendió Gide, con el δαιμον de Sócrates, al que alude Platón repetidas veces en sus *Diálogos,* especialmente en el Critón, en la Apología y en el Eutidemo, como un δημειου θειον τε και δαιμονιον (un signo divino y demonial), que, como se dice en el Eutidemo, era ειωδος (acostumbrado o familiar) para Sócrates. Era éste un género de inspiración cuyo origen no conocemos y que necesariamente no tenía por qué ser diabólico.

Para conocer bien al demonio no es necesario ni útil haber condescendido con él. Poco le entendieron o tarde los satanistas de quienes se habla en este libro, los que le alabaron o rindieron culto, o pactaron en la realidad o en la imaginación con el Malo. El demonio, a todos sus amigos acaba haciendo la «canallada perfecta» (p. 125), como al extraño y desventurado personaje de Max Beerbohm. Mejor le conoce quien le ha vencido, con la ayuda de Dios, porque a esta victoria acompaña siempre una ilustración interior que enseña a discernir sus «razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias», como dice San Ignacio en sus *Ejercicios.* El carácter del Maligno se revela en varios rasgos que aparecen constantes en su conducta y que Souvirón anota: el desdén y la burla le son insoportables. Con él siempre es inútil y dañoso el diálogo. Los homenajes que recibe de las otras criaturas tienen siempre, dentro de lo horrendo, algo o mucho de ridícula parodia. Remedador torpe y contrahecho de Dios, anhela tener siquiera sea un instante o unas migajas de adoración por parte de los humanos.

Pero a este diablo clásico y en sus rasgos fundamentales permanentes ha sucedido un demonio moderno o una nueva escuela diabólica, que consiste en líneas generales en persuadirnos de su inexistencia, al paso que redobla su actividad. En este libro se afirman y se confirman dos hechos que parecen contradictorios: que son muy pocos los que ahora creen en el demonio, y muchos e importantes los que se ocupan de él en la literatura. La contradicción es sólo aparente: el interés de los escritores —y en general del hombre descreído de hoy— no se dirige al demonio teológicamente considerado; sino a un diablo disfrazado y oculto de sí mismo, cuyas condiciones e índole cada poeta

ve a su manera «y, salvo raras excepciones, de un modo que deja ver una creencia sólo relativa, parcial y, en muchos casos, compasiva y aun amistosa».

El autor de *El príncipe de este siglo* distingue agudamente las diversas fases por las que ha pasado el satanismo literario desde el siglo XIX hasta nuestros días. Los románticos, como Víctor Hugo o Carducci, prorrumpen en himnos y alabanzas satánicas, le dan culto, «reivindican» su nombre y quisieran verlo restablecido en su poderío antiguo. En nuestro siglo, el demonismo es mucho más sutil, vago y diluido: «Los más modernos han decidido envolverlo aún más de lo que él mismo se envuelve y no precisamente en tiniebla, sino en una helada luminosidad negativa».

Con este peligroso y escurridizo diablo se enfrenta el autor y, sin dialogar con él —Souvirón insiste a menudo en la prudente regla—, le descubre en las páginas de muchos autores; unas veces porque abiertamente se le nombra o se le alude; y otras porque el autor de este libro, con verdadero «discernimiento de espíritus» lo detecta y desenmascara por sus indicios inconfundibles: la turbación, las tinieblas y el desconsuelo sin esperanza que la mayoría de los poetas y escritores más excelsos de nuestro siglo pregonan en la desnudez espiritual con que ellos mismos se presentan.

Pero a pesar de esta tendencia moderna que advierte Souvirón de disfrazar y ocultar vagamente al diablo como tal persona a quien pueden atribuirse acciones y pasiones, hay muchos casos en la literatura reciente en que su intervención aparece manifiesta. Sirva de ejemplo el inglés Yeats, poeta que, en un tono profético y visionario, anuncia para el año 2000 una «Segunda venida», en la cual no aparecerá Cristo, sino que con ella se cerrarán «veinte siglos de sueño de piedra». Yeats fue amigo y compañero de sir Aliester Crowley, que murió en Londres, en 1947, y en cuyo entierro sus amigos y lectores de su revista *Lucifer,* cantaron el *Himno a Satanás,* de Carducci, y ciertas preces que sir Aliester había compuesto para que se recitasen en su templo satanista. Otros citados por Souvirón, como Jules Bois fingen historias diabólicas en que el demonio conversa con su discípulo, riñe y regatea con él, según costumbre. En estas y otras muchas narraciones que el autor resume se nota abiertamente el influjo diabólico, expresamente declarado.

Aparte de estos casos en que la intervención del Maligno aparece manifiestamente en la literatura, incluso la más reciente, hay otros muchos en que está disimulada conforme a la tendencia de esta última edad de que nos advirtió Souvirón. Acaso en quien mejor aparezca o a quien el autor estudia con mayor sagacidad sea un escritor que

habla en raras ocasiones del Maligno, «aunque cuando lo hace parece demostrar una gran familiaridad con él»: André Gide.

Souvirón se queja algunas veces de que es muy difícil resumir la narración o pensamiento de un escritor. Algo parecido diríamos nosotros de él. Es muy difícil compendiar lo que José María Souvirón dice de André Gide en párrafos que a su vez son la condensación de atentísimas lecturas y cuidadosas reflexiones. Diremos solamente que Gide está escudriñado por el autor del *Príncipe de este siglo,* en sus obras, en sus cartas y en los comentarios que el mismo Gide escribía sobre ellas en su diario. Que el mismo Gide asegura que si pudiese escribir sus memorias hablando del diablo con terminología cristiana, todo se volvería en ellas «milagrosamente diáfano, fácil de contar, fácil de comprender. Las cosas han sucedido para mí como si el Diablo existiera, como si hubiera intervenido constantemente en mi vida» (p. 245). El examen que Souvirón hace de estos textos, la correspondencia con Paul Claudel con sus repliegues y escapatorias ante la insistencia del neófito que le anima a la conversión y la confesión del propio Gide de su entrega al «Otro» (al demonio); todo deja una impresión confusa y resbaladiza de cierto influjo extraño y maléfico en su persona y sus escritos. Pero con prudencia muy loable Souvirón, que se detiene siempre en el misterioso umbral de la conciencia, no acepta la afirmación de Claudel de que Gide «había sido un hombre ocupado por el diablo».

El libro de José María Souvirón sobre *El príncipe de este siglo* demuestra plenamente lo que él ha pretendido: que la literatura moderna —y digamos también la vida, cuyo reflejo es— se encuentra invadida por un influjo satánico más o menos disimulado. No podemos considerarnos aparte en esta lucha, primero por caridad, y luego, porque nosotros mismos no estamos exentos de ella. «Es una difícil batalla en la que estamos constantemente solicitados por uno y otro campo, y en la que sólo al final sabremos que hemos pertenecido, en el momento decisivo, a uno de los dos ejércitos en lucha» (p. 166). Es un estudio seriamente hecho y sobre un gravísimo problema que nos atañe a todos.

No siempre los autores que se comentan en *El príncipe de este siglo* son gente endiablada. Hay algunos que más o menos directamente tratan del demonio, pero sin participar con él en amistad nefanda. Georges Bernanos, en quien Souvirón admira la «clarividencia del mal», ha descendido a todos los horrores y miserias de la Humanidad esclavizada por el demonio, pero como defensor de la luz, con una «poderosa alegría», que halla al fondo de todos los sufrimientos y decepciones una luminosa certeza cristiana. Souvirón se detiene más

especial y minuciosamente en el examen de su novela *Monsieur Ouine,* en la cual la penetración del misterio, el descenso a las cavernas del alma entregada al mal con una quietud y frialdad estremecedoras, no impide a Bernanos contemplarlo todo como en otra esfera, que es completamente ajena y contraria a sus sentimientos cristianos. Pero no todos los autores católicos merecen la aprobación del autor de este libro porque Mauriac, por ejemplo, con su enorme «falta de alegría» (p. 286) tiende de tal manera a lo tenebroso y se complace de tal forma en las llagas, que su espíritu no parece concordar con la luminosa fe que sin duda le alienta. «He aquí cómo un escritor al que sería injusto negarle su cristianismo, procede casi constantemente por una oscuridad que nos permite relacionar su obra con la de otros escritores cuya negación a la gracia es manifiesta» (p. 288).

Estas citas incompletas y estas observaciones no dan una idea exacta de lo que vale la obra de Souvirón en profundidad y agudeza. Pocos y acaso ninguno como él han descifrado la literatura moderna y rastreado en ella las huellas del Maligno. Más que leerlos parece como si hubiera convivido y conversado con cada uno de los autores y hubiese contemplado vivos y en carne humana a los personajes creados por la fantasía de ellos. No se le escapa ningún rasgo de los que delatan el influjo diabólico: el gusto por la fealdad (p. 264); la risa falsa y convulsiva (p. 242); la tristeza desbordada y tedio de la vida (p. 295); la mentira, la traición y, finalmente, la afición a todo lo deforme, que llamó Gilson «éxtasis hacia abajo» (p. 260). También alude muy certeramente a la presencia del mal en los niños (p. 257, y recuérdese San Agustín en las *Confesiones,* «tantillus puer et tantus peccator») e incluso a las apariencias de posesión diabólica en los irracionales (p. 205).

Son muy contados los escritores de habla española que figuran entre esta tenebrosa constelación de los satanistas. Suponemos que, afortunadamente, Souvirón no ha encontrado en nuestra literatura materia salvo raras excepciones, como los versos de Luis Cernuda en que declara su amor al demonio, o los de Jorge Guillén, en que *Luzbel desconcertado* se lamenta en monólogo de su soledad y se jacta de haberse encarado con el Máximo, esto es, con el Creador. También se examina brevemente, pero con precisión e inteligencia, la obra de Fernández Flórez *Las siete columnas.* El demonio aquí se toma a broma, pero en la ironía y zumba del escritor gallego subyace una tesis de elogio al pecado. «Sería una pretensión tonta que tratáramos de poner en serio lo que el autor ha puesto por burla», dice Souvirón. Pero la sonrisa de Fernández Flórez ante un mundo que imagina desazonado porque de él faltan los pecados también tiene su malignidad.

Tal sería en resumen, si los relámpagos de intuición pudieran resumirse, el estudio sobre *La literatura moderna y el demonio* que hace el autor de *Cristo en Torremolinos*. Un verdadero tratado de sicología diabólica hecho desde el campo contrario, como quien descubre los ardides de un peligroso enemigo: engañoso y sutil; temeroso con el fuerte e implacable con el vencido. Este espíritu maligno aprecia en gran manera y «agradece» (digámoslo así; véase p. 182, nota 3) el ser admitido a diálogo con el Altísimo, aunque sin sentir la presencia hacia la cual tiende con toda la fuerza de su naturaleza angélica y de la cual se ve eternamente rehusado. Algunas veces se introduce entre los hijos de Dios como se escribe en el libro de Job, lo recuerda Kempis y fray Luis de León tradujo en soberanos tercetos:

Vino toda la angélica potencia
y vino allí el demonio juntamente,
haciendo su debida reverencia.

Y preguntóle Dios encontinente:
—¿De dónde vienes tú? Y dice: —He andado
todo lo poseído de la gente.

Comentando la pregunta de Dios al demonio: «¿De dónde vendrás tú?», dice fray Luis que estas palabras tienen en el original hebreo, como también en nuestra lengua, cierta significación «de desprecio y de no buena sospecha que se tiene de aquel a quien se pregunta»; y que es como si le dijera: «¿Hay algo aquí que enredar o viene de hacer de las suyas? Al cerrar el libro de Souvirón sobre *El príncipe de este siglo* (que tanto señorea en la literatura y en la sociedad moderna) se nos ocurre que podría ahora repetirse la escena descrita alegóricamente en el libro de Job y la pregunta del Altísimo: «¿De dónde vendrás tú?».—JAIME DE ECHANOVE GUZMÁN.

Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh. 2 vols. Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques. París, 1966, 474 y 468 páginas.

Esta obra constituye un magnífico homenaje póstumo a M. Jean Sarrailh y, por la calidad y variedad de los trabajos en ella publicados, una comprobación de pujanza del hispanismo francés, abierto, como siempre, a la colaboración extranjera.

La personalidad humana y científica de Jean Sarrailh (1891-1964)